

de producir, visto con absoluto aislamiento y sólo por el prisma de la cancillería diplomática, de ninguna manera debió satisfacer ni tranquilizar siquiera la conciencia de ninguna de las partes contratadoras.

Posteriores hechos que no se hicieron esperar mucho vinieron presurosos á demostrar al público su nulidad, ni más ni menos que como privadamente se había vaticinado algunos meses antes en muy elevadas esferas.

VI.

Triunfante en Méjico el partido nacional, y satisfechas las reclamaciones españolas con un tratado más, cuya buena fe no sería lícito desconocer ni siquiera poner en duda, puesto que en ella debía apoyarse la continuación en el mando de dicho partido, por la identidad ya referida de sus intereses y los nuestros, natural era, y así sucedió, que los Estados-Unidos del Norte de América, siendo dueños absolutos de la conciencia y de los procederes del partido federal mejicano que quedó en armas contra su vencedor, multiplicaran sus oficios para restablecer á Juárez en la presidencia.

Al efecto mucho tenían adelantado con los pasos naturales de su anterior previsora conducta, como de quien siempre la subordina á un pensamiento fijo; pues aún á pesar de ser generales en todas partes los triunfos de los caudillos que apoyaron como presidentes á Zuloaga primero y á Miramon despues, y universal el entusiasmo con que fué saludado por toda la Nueva España el restablecimiento de los buenos principios, todavía el gobierno de M. Buchanan desde Washington

tendió una mano amiga á sus parciales, y reconoció á Juárez fortificado en Veracruz como único poder legal de la república de Méjico.

Esta conducta, extremadamente opuesta á la seguida por las naciones europeas, por todas las cuales fué reconocido como bueno y legal el poder de Miramon, no era regular que se concretara al simple apoyo moral que ya de suyo tenia, y así produjo inmediatamente sus naturales resultados. Porque entrándose algunas veces por las tierras vecinas emisarios de los Estados-Unidos, con armas y recursos de toda especie, para instigar los ánimos á la formacion y desmembracion en Méjico de una nueva república, la de Sierra Madre, y permaneciendo en los puertos del seno mejicano y del mar Pacífico correspondientes á dicha atribulada nacion, el mayor nervio de la marina militar anglo-americana, no solamente la confusion se acrecentó con las aberraciones políticas de los partidos interiores sublevados contra el gobierno central, sino que el de los *puros*, teniendo á Veracruz por base de su existencia y todos los demás puertos á su devocion, merced á las fuerzas navales susodichas, pudo muy bien prolongar la guerra todo el tiempo necesario para que al fin se relajase la disciplina de sus enemigos, con el desaliento de una lucha interminable.

A este sistema, con tanta experiencia concebido allá en el Norte y con tanta perseverancia ejecutado en tierras de Méjico, sólo España podía y debía haberse opuesto con todas sus fuerzas, desde el momento en que lo comprendiera; porque siendo guardiana en dicho país de ocho mil de sus súbditos, y de una fortuna avaluada

en ciento y cincuenta millones de pesos, ya se debe suponer que la indiferencia ante aquellas combinaciones de una intervencion bastarda, que tiende á absorber tan cuantiosos intereses políticos, morales y económicos, no hay razon que la justifique, ni mediano criterio nacional que pueda tolerarla.

Tal vez el tratado de Paris hizo sospechar á nuestros enemigos de América que la actitud de España en cuanto á Méjico iba ya á ser clara y definida, y que con arreglo á ella serian tambien las obras. Mas como la historia de nuestras vacilaciones bien pudo asimismo autorizar la creencia de que al más leve amago de contrariedad á la política española en aquellos países, esta se amilanaria y volveria á ser dudosa en el fondo y en las apariencias tímida, el gobierno de Mr. Buchanan se apresuró primero á hacer otro tratado con Veracruz, el de Mac-Lan-Ocampo, y despues á aconsejar á Juarez una protesta formal contra el que nosotros habiamos hecho con el verdadero gobierno de la república.

Por dicho tratado de Veracruz los anglo-americanos venian á ser dueños y señores de Méjico, tanto que hasta su ocupacion armada se les concedia con carácter eventual en el conjunto y permanente en las comarcas estratégicas; de donde resultaba que la política de nuestros enemigos iba á triunfar definitivamente en la América española, siendo Méjico cabecera de esta y muralla natural que se derribaba á los impulsos de aquella.

Afortunadamente estaba ya para entonces muy gastado en la confederacion del Norte el presidente Buchanan; y como si la Providencia quisiese dar una prueba más de su visible proteccion á nuestra raza en América,

sucedió que el tratado de Veracruz, aún siendo tan favorable como era á los intereses y á la política de los Estados- Unidos, sin distincion de partidos ni localidades, fué desechado en las Cámaras de Washington, sin más causa ni otra razon que para dar al susodicho presidente un nuevo voto de censura.

De este acontecimiento, por entonces salvador, pudo sacar dos consecuencias opuestas la política de España; una ejecutiva y otra espectante. Con él habia coincidido la protesta de Juarez contra el tratado Mon-Almonte; cuya protesta, lo mismo que el desaire á Mr. Buchanan sobre el de Veracruz, debia acomodarse tambien á la indole de dichas consecuencias. Sentada esta proposicion, que es fundamental y absolutamente necesaria para el avaluo de los hechos, vamos á analizarla con detenimiento en sus dos fisonomías.

Nadie puede negar que la protesta de Juarez contra el tratado Mon-Almonte, si no fué un insulto, ó una provocacion hecha á España por sus enemigos los federalistas mejicanos, debió considerarse, cuando más benévola, como una negativa absoluta al desagravio que allá se nos debía. Y como el gobierno español, antes de que viniese desde Lóndres á Paris el general Almonte para negociar con el embajador de España, estuvo á punto de enviar contra Méjico sus fuerzas de mar y tierra, porque la satisfaccion á nuestro derecho se estaba dilatando, ya se echa de ver clara y lógicamente hasta qué punto habria sido natural y equitativa de nuestra parte una demostracion armada contra Veracruz, desde el instante mismo en que se formuló dicha protesta.

Pues si además agregamos á las consideraciones anteriores la nulidad á que las Cámaras de Washington habian reducido la política de Mr. Buchanan, desairando el tratado de Veracruz y negándole con esto toda facultad para tomar parte alguna en nuestras discordias con el partido radical de Méjico, de manera que ni siquiera el fantasma de los Estados-Unidos podria ser obstáculo á nuestras resoluciones belicosas (1), resalta más clara y evidente aún la posibilidad de que España hubiese tomado aquella actitud, como inevitable consecuencia del rumbo de nuestra política, fundada en justísimas reclamaciones.

Para facilitar mejor semejante acuerdo, coincidian los triunfos obtenidos entonces allá por el gobierno de la república, legítimo en nuestra conciencia, segun las mejores nociones del derecho público; como que era el reconocido por todas las naciones europeas, inclusa la nacion española. El general Miramon cargó todo el grueso de sus fuerzas sobre la plaza de Veracruz, que era el apoyo más firme de sus adversarios; y pues con ellas solamente logró ponerlos en manifiesto apuro, por demás está decir: que si hubie se coincidido con el asedio de la banda de tierra la reclamacion por mar de nuestro desagravio, sin intervenir nosotros directamente en la guerra civil, pero sin retroceder ante las ofertas arrancadas al

(1) Para nosotros nunca ha sido caso receloso la actitud enemiga de los Estados-Unidos, ante la idea de recobrar en América nuestra legítima importancia. Su confusion actual la hemos vaticinado más de una vez; y como los conociamos á fondo, siempre despreciábamos sus imperfinencias y aconsejábamos el vigor y la entereza de nuestras resoluciones concernientes al fin indicado.

miedo de un poder bastardo en el momento crítico de su agonía, el gran baluarte de nuestros enemigos en la Nueva España habria vuelto al dominio de nuestros aliados, y el gran partido nacional de Méjico, si nuestro juicio no se engaña, habria consolidado entonces su existencia.

Optóse aquí sin duda por la política espectante, vista la negativa enviada al tratado de Veracruz por las Cámaras de Washington; suponiendo que con ella se quitaba todo apoyo del Norte al partido federal, y que de este modo su caída seria inmediata, é innecesario por consiguiente el desagravio contra la protesta. Mas el cálculo no estuvo en su lugar ni mucho menos, pues con esto el presidente Miramon quedó á merced de sus solos recursos, y Juarez ámpliamente protegido por el gobierno de la confederacion Norte-Americana, segun entonces se pudo sospechar y lo manifestaron más adelante los mismos acontecimientos.

Si la historia no se equivoca y la experiencia no nos engaña, es un rasgo distintivo de la política anglo-americana ser agresiva é invasora en proporción á lo que es prudente y retraida la de sus naturales adversarios, y vice-versa. Así fué que cuando España dijo en 1858 que iba á atacar á Méjico, y se enviaron de la Península á Cuba refuerzos terrestres y navales que autorizaron la creencia de que el anuncio se iba á realizar, la soberbia confederacion, nuestra mortal antagonista, léjos de formular una protesta segun su costumbre en casos menos significativos, se apresuró á declarar, y así nos lo envió á decir de oficio, que seria absolutamente neutral en aquella campaña.

La misma declaracion hizo dos años despues, cuando Juarez protestó contra el tratado Mon-Almonte; bien que limitándola á las emanaciones del espíritu público, enunciadas por los periódicos adictos al gobierno. Pero así que tras el acuerdo de las Cámaras de Washington respecto al tratado de Veracruz, nuestra política se recogió á una evidente expectativa, calculando, segun hemos dicho ya, que á Juarez iba á faltarle su natural apoyo y que con esto caería, el gobierno de la Union volvió sobre sí, y envalentonado hizo regresar al famoso Mac-Lan á Veracruz, dándole órdenes terminantes para estorbar á todo trance que la plaza sitiada entonces por Miramon se le rindiese, aún cuando para lograr esta resolucion tuviera que hacer uso de sus fuerzas navales, ancladas desde algun tiempo atrás en la bahía de Sacrificios.

La historia de los vapores *General Miramon* y *Marqués de la Habana*, es ya conocida de todo el mundo, y no hay para qué repetirla; como ni tampoco el escandaloso apresamiento de la barca española *Concepcion* por el famoso Goicurria, natural de la isla de Cuba, y jefe de un buque de guerra anglo-americano al servicio de Juarez.

Todo lo cual quiere decir que nuestros enemigos hicieron, ni más ni menos, lo que nosotros dejamos de hacer, que fué proteger á sus parciales, cuando los nuestros quedaron abandonados; interceptando á estos sus recursos indispensables para rendir á Veracruz, y haciéndoles, finalmente, levantar el sitio y volver en derrota hasta la capital de la república.

Mr. Buchanan, desairado en las Cámaras y próximo á

descender del capitolio por haber terminado el plazo legal de su magistratura, no vaciló, sin embargo, en echar sobre sus hombros la responsabilidad del hecho de Anton Lizardo, con las órdenes que habia dado al comodoro Jarvis; porque estando perfectamente definida la política de la confederacion septentrional respecto á la América española y á Méjico más particularmente, y habiendo España abandonado por completo su actitud amenazadora contra Veracruz, aún á pesar de la protesta de Juarez, y de siete asesinatos más cometidos por entonces de orden suya en igual número de súbditos españoles, cualquier otro proceder hubiera sido indigno de un presidente de los Estados-Unidos, y Mr. Buchanan mereció bien de su patria.

Tratábase nada menos que de resolver el triunfo definitivo entre dos políticas adversas en la América española; y pues España renunciaba el laurel que pudo conquistar entonces sin disparar un tiro, y sólo con la presencia en Veracruz de cuatro buques de guerra y cuatro batallones de desembarco, enviados unos y otros desde Cuba, quiere decir, sin ningun sacrificio impuesto á la Península fuera de los ordinarios, Mr. Buchanan no pudo hacer nada mejor que adjudicarse la victoria con el empleo de una sola corbeta de guerra, la *Saratoga*, y con disparar *pro fórmula*, algunos, muy pocos cañonazos.

## VII.

Y el caso es que el gobierno español, habiendo puesto en América los ojos de sus investigaciones políticas,

tan pronto como se desembarazó de la guerra de Africa, comprendió admirablemente la cuestion de Méjico; y para resolverla con arreglo á los vastos intereses que tiene España allí, acordó una resolucion de alta política, cuya trascendencia y oportunidad pudieron desde luego adivinarse.

Hacia mucho tiempo que la necesidad de arraigar nuestra natural preponderancia en todo el Nuevo-Mundo, se estaba haciendo sentir allá y aquí por la marcha de los sucesos y por la índole de las cosas; como que la política invasora de los americanos del Norte habia aniquilado ya muchos territorios en las Américas central y del Sur, teniendo en armas constantemente á los naturales unos contra otros é invadiéndolos á la vez, y las grandes naciones europeas que tienen en América alguna cosa que perder, cuando eran requeridas como protectoras, no siempre respondian á los clamores de nuestros hermanos.

Así las cosas, España, que acababa de dar al mundo una muestra gloriosa de su regeneracion, ó tenia que renegar de la familia y de su brillante porvenir, como nacion de primer orden, en todas las partes del mundo, ó estaba forzada á restablecer en América su poderío, con medidas previsoras de política clara y definida.

El establecimiento de una embajada en Méjico, tal y cómo inmediatamente se decretó, debió, pues, considerarse del siguiente modo: como centro directivo de una marcha uniforme y general para toda la América, por el cuerpo diplomático español allá residente, y como anuncio solemne y garantía segura de visible proteccion á nuestros intereses y á nuestros amigos de todo

el Nuevo Mundo, y muy particularmente de la república mejicana. En el primer concepto, no se puede negar que el hecho era altamente político y en extremo previsor; porque habiéndose levantado muchas veces sobre nuestra influencia natural los representantes de otras naciones, por su antigüedad allí ó por la mayor importancia de las suyas respectivas, la presencia de un embajador quitaria el pretexto á la supremacia que aquellos alegaran, en tanto que no recibiesen igual investidura; y con esto el representante español, siendo el primero en categoria, tambien lo seria en el consejo privado y en la pública consideracion, siempre que quisiera serlo. Por semejante acuerdo, con tal que en las demás repúblicas no desmereciera al elegirse nuestros diplomáticos y al comunicarles sus nuevas instrucciones, es evidente que los representantes de la nacion española iban para en adelante á ser los consejeros áulicos, ó directores más bien, de la política hispano-americana; en especial, si para mayor lustre y decoro de nuestra representacion en el Nuevo Mundo, se hacian pasear de cuando en cuando por aquellos mares los mejores buques de nuestra marina de guerra.

Viene despues dicho nombramiento considerado como anuncio solemne y garantía segura de visible proteccion á nuestros intereses y á nuestros amigos de la Nueva España más en particular; y aquí habremos de detenernos con singular atencion, puesto que los resultados no correspondieron al propósito.

Dijose de público, y así se estampó en los periódicos de todos los partidos, que el recibimiento hecho á nuestro embajador en aquella república pasó los límites del

orden natural, por rayar en los delirios de un entusiasmo inusitado. Los pueblos en masa salian á la carretera á saludar con efusion estrepitosa al enviado de la Reina de España, llamándola muchos *su Señora*: los poderes constituidos rindiéronle homenajes que sólo eran debidos á legítimas autoridades, no á representantes extranjeros; y en la capital fueron tantas y tales las demostraciones, que no parecia sino que se trataba de alguno de esos acontecimientos que forman época en la historia de las naciones, cambiando radicalmente su anterior fisonomía. La política local quiso ponerse á discrecion en el criterio de la embajada española, y el hecho en fin, más trazas tuvo de restablecimiento absoluto de un poder largos años ausente y excesivamente amado, que de simple restauracion de una amistad internacional por breve tiempo interrumpida.

Dados estos precedentes, y la capacidad universalmente reconocida é innegable de nuestro embajador, ninguna sospecha pudo abrigarse ya de que el éxito no correspondiese en definitiva á las más halagüeñas esperanzas; suponiendo que todos los otros acuerdos de nuestra política internacional relativamente á Méjico, estarían conformes con el paso trascendentalísimo de enviar allí nada menos que una embajada.

Los observadores, sin embargo, los que seguimos paso á paso todos los que dió allá nuestro embajador y los que dió también desde aquí nuestra política en el ministerio respectivo, poco tardamos en descubrir alguna contradiccion entre la importancia del hecho y los resultados que se preparaban.

Bajo frívolos pretextos y con locuaces disculpas eludió Juárez las enérgicas reclamaciones que se le diri-

gieron sobre el caso de la barca *Concepcion* y sobre los asesinatos últimamente cometidos. Y como de ambos hechos se habia apoderado la opinion pública de amigos y contrarios, para juzgar por sus consecuencias inmediatas nuestra verdadera actitud moral y material en cuanto á Méjico; y como á los patrióticos oficios de nuestro embajador desairado en Veracruz, no siguieron inmediatamente los que en Madrid debían haberse dictado sin vacilaciones ni recelos, desde luego comprendimos que nuestra reciente posicion de allá no se habia definido con bastante detenimiento en el ministerio de Estado, para comunicarla por igual á todos los funcionarios que habian de poner la mano en ella.

Por esta causa, pues, forzoso es decirlo, el éxito se declaró inmediatamente desfavorable; y no así como se quisiera, desacreditando nuestra escasa prevision política y la falta de unidad en instrucciones y procederes; sino descorazonando á los amigos que todo lo esperaban de España por el nombramiento y la calidad especialísima del embajador; y dando á los enemigos, con el espectáculo de una inconsecuencia visible en las combinaciones, todo el prestigio que aquellos iban perdiendo.

Con esto el partido radical, eterno enemigo de España y violador constante de nuestro derecho, tomó la iniciativa en el ataque, salió de Veracruz, triunfó de Miramon y conquistó la presidencia. Y como bien á diferencia de la nuestra, su política era clara, terminante y definida, no por la embriaguez de su triunfo, sino por las razones de su lógica, se encaró acto continuo con el embajador español, y en brevísimo término lo hizo salir de la república.

Sobre la manera cómo esto se verificó no queremos